

# LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: Traje de soirée.—Puntilla de crochet.

## EDUCACION É INSTRUCCION.

### CONSIDERACIONES.



NECESITAMOS reanudar el asunto de nuestro anterior artículo, por el que habrán comprendido nuestras jóvenes lectoras que, pequeñas lecciones, que no eran en el fondo mas que juegos, pero que llevaban consigo la idea del deber, han contribuido grandemente á dar regularidad á la vida, ordenando una buena conducta, sin que dejarán de producir instruccion.

Dispuestas las niñas á compartir nuestros sentimientos, y fácilmente asociada la idea de Dios á todas las alegrías de tan tierna edad, los cuidados que se toman por ellas y el cariño de que son objeto, no han podido menos de parecerles un efecto de la bondad divina, y tener por consiguiente mas reconocimiento por experimentar mayor ventura. El placer que da la contemplación de la naturaleza, conduce á adorar á su Autor, porque todo le anuncia y nos señala alguno de sus inmensos atributos, como se vé al contemplar las flores, las mariposas, los pájaros, todo lo que impresiona la imaginacion infantil, y despues los objetos mas sublimes, los bosques sombríos, las altas montañas y magestuosas sierras, el viento, el rayo, la tempestad, el firmamento, todo.

La admiracion nos parece una disposicion del alma tan serena, tan expansiva, tan benévola, que deben cultivarla esmeradamente todas las niñas; así lo hemos procurado, dejando á la madurez de otra edad el cuidado de rectificar vuestros juicios.

El procurar la obediencia, como base de todas las virtudes, y la correccion de los pequeños defec-

tos de la niñez, no ha sido uno de los cuidados en que hayamos dejado de ser todo lo solícitos que tan importante asunto requiere, y las mismas niñas pueden ser jueces de sí mismas examinando si la han ejercitado debidamente.

A medida que el sentimiento y el conocimiento de la moral se desenvuelven en el alma de las niñas, se juzgan á sí mismas mas severamente, y observan con mas facilidad que las tendencias egoístas, orgullosas, y todas las perjudiciales, son siempre ocasiones de caida. Este exámen les llevará indudablemente á una correccion saludable, porque nada mas digno de aprecio, en efecto, que el deseo constante de mejorar; dichoso fruto de la humildad cristiana!

Además, esta desconfianza en nuestras propias luces es un realce de la educacion, porque muestra cierta humildad que tan bien sienta. Como la educacion se perfecciona poco á poco, los errores se corrigen gradualmente.

Cuando una conciencia mas delicada nos ha dado la conviccion de nuestra miseria natural, la religion se muestra con su verdadero esplendor, y la vemos á la vez generosa y necesaria. Así que, en las niñas religiosamente educadas, la idea del deber toma bien pronto un carácter sagrado y obligatorio, y hay que procurar siempre que sus buenas intenciones tomen una direccion constante y precisa. No distinguiendo claramente el bien del mal, sus gustos se pronuncian, en tanto que la conciencia y la razon no tienen aun mas que una voz confusa; por esto importa simplificar cuanto sea posible á sus ojos la idea del deber, que es en efecto la de la obediencia.

La idea del deber es frecuentemente sencilla por su naturaleza, y la niñez la concibe por sí misma por poco que reflexione. *No hagas á otro lo que no quieras que te hagan*, es un precepto tan claro, que los padres no tienen necesidad de prescribir su observancia en su propio nombre. Una voz, mas sagrada que la suya, condena la injusticia en el fondo del corazon. Cuando los deberes menos evidentes se ha-



llan reducidos á uno solo, la sumision; cuando las diversas acciones se dividen en autorizadas y prohibidas, las tentaciones se presentan en la niñez con su verdadero color y deben rechazarse, afirmando así su moralidad y dando consistencia á su carácter.

Deben, pues, mirar las niñas la obediencia como la condicion necesaria de la moralidad y de la firmeza de su carácter.

La obligacion de mandar para los padres es muy estrecha; mas ordinariamente su falta consiste en querer mandar é ilustrar al mismo tiempo; dos obras necesarias pero sucesivas. El peor momento para discutir con un hijo la conveniencia de un acto es aquel en que se le exige ese acto. Parcial entonces, interesado en evitar ú obtener tal cosa, no escucha apenas, ni razona de buena fé. Así que nada parece mas fatal para la verdad del carácter en los niños ó niñas, y la dignidad en los padres, que ese estado de duda entre el mandato y la obediencia, y en el que cada uno procura diestra, pero no franca y resueltamente conducir al otro á sus fines. Ese espíritu de discusion ó de controversia encarnado en la sociedad no puede existir en la familia. Cuando se manda con la razon y la justicia paternal, y no preside, como no puede presidir en los padres otro sentimiento que el cariño, la obediencia debe ser decidida, y debe serlo siempre en los hijos que no pueden ser jueces de sus padres. Por esto en la niñez recomendamos tanto la obediencia.

Esta resolucion, ó mas bien esta educacion arraigada da cierta firmeza y resolucion á la conducta de las niñas. Cuando están decididas á la obediencia, la franqueza, la cordialidad, frecuentemente la alegría, reina en torno, porque no dan disgustos á los padres, y éstos se esmeran en complacer, porque en ello se complacen á sí mismos.

Aproximándose las niñas á la edad en que juzgan libremente, necesitan tener formada la voluntad activa y espontánea; y aunque habria sido inútil esperar que esta voluntad fuese constantemente razonable, hemos limitado el campo en que era permitido desplegarla, pero sin mermarla su independencia. El empleo de ciertas horas, el cumplimiento de ciertos actos, poco importantes en verdad, han dependido de las niñas, y las hemos dejado en libertad, si bien han podido consultar nuestros consejos para mejor conducirse aun en esa libertad que se les concedia y que les conceden todas las madres, como se deja andar al niño que ya anda solo, y cuya razon puede guiarle para andar sin tropezar ó caer.

A. PIRALA.



## LA ENTRADA EN EL MUNDO.

### VIII.

*De Leonor á Adela.*

Tienes razon, Adela, muy justas son tus quejas. Un mes hace que no te escribo, pero no es porque olvide tu sincera amistad, sino porque la vergüenza y el dolor me impiden coger la pluma.

Mi ligereza con respecto á Rafael no fué la última. Tengo muchas de qué acusarme, y me causa rubor el confesarlas.

Sin embargo, he prometido no callarte nada, y me seria imposible escribirte sin ponerte de manifiesto mi alma toda entera.

¡Oh, Adela mia! ¿si vieras cuán difícil es vivir en el mundo? Si vieras de cuanto tacto, de cuanta prudencia, de cuanta tolerancia necesita una jóven para saberse conducir dignamente en sociedad?

¡Son tantos los escollos! son tantos los peligros!

Y siempre es el amor propio, el esclusivista amor propio, el que nos arrastra á cometer malas acciones.

Es verdaderamente la caja de Pandora de donde salen á la vez: el egoismo, la envidia, la coqueteria, la curiosidad, la murmuracion infame, y todas las pasiones bajas y mezquinas que nos conducen por una senda de flores al insondable abismo!

¡Oh, nunca, nunca hubiera creido cuando estaba á tu lado, cuando niña inocente y feliz, recorria el jardin cogiendo flores para mis amigas, complaciéndome en hacer resaltar con ellas su hermosura, complaciéndome en oir sus cantos de alegría, nunca hubiera creido que llegase una época en que me atormentasen la belleza agena y el gozo ageno!

¡Guárdate del amor propio, Adela, recomienda que se guarden de él á nuestras tiernas compañeras!

En la infancia, y lejos del mundo, es como un plácido arroyuelo que besa las flores de sus orillas; luego es como el torrente mugidor, engrosado por la tormenta, que se esparce por el campo y todo lo asola, todo lo convierte en ruinas!

Dedícate incesantemente á dominarle, declárale guerra á muerte, y á menos que no se disfrace con los atributos de las virtudes magnánimas y generosas, no le concedas tregua ni descanso.

Perdóname si te doy estos consejos: bien sé que tú eres mejor que yo, mi dulce amiga!

Pero escucha, escucha la triste confesion que voy á hacerte, y guárdame el secreto!

Ya sabes que revelé á mi tio y á Rafael la verdad



de cuanto habia pasado en el baile; ya sabes con que noble benevolencia me escuchó el segundo, retirando su peticion, y asegurándome una amistad eterna.

Habia salido del apuro; debía quedar tranquila, y no fué así.

Durante muchos dias sentí una tristeza amarga, un desaliento inesplicable.

Quizás si hubiese interrogado á mi corazon, hubiera hallado el secreto de aquel malestar, de aquel disgusto.

Sin darme cuenta del por qué, preferia las reuniones de confianza que da la Marquesa, al teatro y á los grandes bailes, á pesar de que estaba segura de que allí encontraria á Rafael, cuya presencia hubiera debido evitar á toda costa.

Rafael, siempre amable y deferente conmigo, conservaba sin embargo su aire melancólico y reservado.

Este doble carácter se prestaba para que yo á mis solas tejiese una novela admirable.

Es que no podia conformarme con la idea de que hubiese desistido tan pronto de su empeño, sin considerar que nuestro cariño habia imitado á las flores, que nacen y mueren en un día, sin dejar en pos de sí ningun recuerdo.

Para consolarme de esta mortificacion de mi amor propio, yo me halagaba á mí misma con la idea de ser amada por Rafael, y de que éste sufria, devorando en silencio sus pesares.

La casualidad enriqueció mi novela con un capítulo sublime: corrió la voz de que Rafael marchaba destinado á América, y yo me hice la ilusion de que se iba, para sustraerse al martirio de un amor sin esperanza.

Cuando le ví en casa de la Marquesa, cuando oí de sus labios la confirmacion de esta noticia, le rogué con voz efectivamente conmovida, que fuese á despedirse de mi tio. ¡Lo prometió!

Al dia siguiente me levanté muy temprano, consagré al tocador mas horas que las de costumbre.

¡Ay, Adela! sin duda pensarás que soy loca, y quizás pienses la verdad. Pero veras como estos detalles pueriles que te cuento, me han conducido á cometer un crimen, un negro crimen, porque tal lo considero.

Como siempre viene el diablo á mezclarse á nuestros placeres y á destruir nuestros planes, mi tio se levantó tan de mañana como yo, con un proyecto magnífico. El dia estaba hermoso, y queria ir á pasarlo en el campo.

Tuve que recurrir á no sé cuantos artificios, para hacer que desistiese de su empeño; pero mi tio es algo tenaz, y rara vez renuncia á sus propósitos.

No hallé mas remedio que alegar por pretesto una repentina indisposicion, y obligarle á que se marchase solo, merced á la promesa que le hice de que Jacinta se quedaria conmigo.

Sin embargo, se pasó todo el dia y Rafael no vino.

Al caer la tarde, Jacinta y yo estábamos en el jardin formando un ramillete de flores, cuando le anunciaron.

Quise recibirle allí, porque me pareció mas poético aquel sitio.

Dejé á mi amiga que prosiguiese en su tarea, y me senté con él en un banco cubierto de césped.

La conversacion fué cortés y animada en un principio, luego yo no sé como tuve la debilidad de dejarle traslucir mi secreto pensamiento.

—¡Oh, no! me dijo con una fina sonrisa; no he solicitado yo mi pase á Ultramar: tengo una madre anciana á quien adoro, tengo buenos amigos, y no soy, no seré nunca de aquellos que á un pueril capricho de vanidad ofendida, sacrifican sus mas caras afecciones.

Esto era un epigrama, y no obstante me causó un placer inmenso.

Quería mejor inspirar odio á aquel hombre, que sufrir su estoica indiferencia.

Jacinta no se habia mezclado en la conversacion; pero entonces levantó la cabeza y dijo sonriendo.

—Yo creo firmemente lo que asegura Rafael, y mucho mas, cuando sé que le retienen en Madrid otros lazos, que no son los de la amistad y del filial cariño.

¿A quién podia aludir Jacinta sino á mí? Luego no eran vanas ilusiones las que me forjaba, supuesto que una persona indiferente veia los hechos bajo mi mismo prisma.

Por primera vez despues de tanto tiempo, respiraba con libertad y me sentia dichosa.

Jacinta habia acabado de hacer su ramillete, vino á ofrecérmelo, y presentó una rosa á Rafael.

—No puede Vd. rehusarla, dijo, porque es simbolo de la mujer á quien adora.

Rafael se turbó.

Yo me entregué á mil cavilaciones, pensando en qué podria simbolizarme á mí la rosa. Ya me decia á mí misma que por mi juventud y mi hermosura, cuando Rafael interrumpió bruscamente el curso de mis ideas, diciendo:

—La persona á quien Vd. alude tiene demasiado mérito para ocuparse de mí!

Yo le dirijí una lánguida mirada, y me puse á contar las hojas de un clavel.

—No sea Vd. tan modesto, prosiguió Jacinta, yo sé que á la linda Rosa no le es Vd. indiferente.

Un rayo que hubiese caido repentinamente á mis piés no me hubiera aterrado tanto!

ANGELA GRASSI.





## CLEMENCIA.

Continuacion.

VI.

*Progresos de Augusto.*

Días hay en la vida que dejan tras sí un reflejo de ventura que ilumina dulcemente los sucesivos.

Augusto y su madre habían adquirido en casa del Alcalde el convencimiento de que Julio se uniría á Clemencia, y ambos se mostraban mas afectuosos con la pobre niña, aconsejándola siempre accediese á un proyecto tan ventajoso para todos. Julio, fuerte con su apoyo, y mas aun con la ternura que creyó sorprender en los ojos de la jóven el día de la fiesta, se mostraba cada vez mas apasionado, y solo la jóven, asediada por todas partes, y no confiando ya en su fuerza de voluntad, aguardaba con impaciencia el socorro que había pedido á Mr. Moreau.

Un mes transcurrió en este estado, al cabo del cual llegó un día Augusto á su casa mas pronto de la hora acostumbrada, con la mirada ardiente, y animado su rostro con una espresion de orgullo satisfecho.

—¡Si supierais! si supierais! exclamó al entrar en la sala donde cosían su madre y hermana.

La primera se lanzó á él preguntándole con ansiedad qué ocurría, á cuyas palabras contestó Augusto que el jefe le había llamado, prodigándole grandes elogios, y anunciándole que iba á ser trasladado á París con mayor sueldo.

Su madre, que le escuchaba trémula de gozo, exclamó consternada al oír sus últimas frases.

—A París, hijo mio! espero que rehusarás semejante cambio, porque yo no te dejaré partir solo.

—De ningún modo: vendreis conmigo las dos, exclamó Augusto en aire de proteccion.

Su madre se permitió aun algunas observaciones: hacia tanto tiempo que habitaba en aquella ciudad; en ella habían nacido sus hijos; en ella había muerto su marido, y en ella se encontraban todos sus amigos, todas sus afecciones! A esto añadió que se podría hablar á Mr. Moreau para que con su influencia deshiciese aquel cambio fatal. Augusto la trató de loca, diciendo que consideraba como una desgracia la mayor de todas las fortunas, y que solo las gentes que valían mucho eran llamadas á París; que una vez en la capital haría brillar sus excelentes dotes, y que estaba seguro de obtener una direccion antes de cumplir treinta años, y de ostentar en su pecho la cruz de la Legion de Honor. Al cabo de una hora su madre había cedido, como de costumbre, y partici-

paba de su orgullosa satisfaccion. Solo se atrevió á indicar á su hijo que aquel viaje seria un obstáculo para el matrimonio de Clemencia; ¿pero qué significaba la jóven ante el porvenir de Augusto? Solo Clemencia que conservó su sangre fria, comprendió que aquel nombramiento era obra del padre de Julio, que de este modo cortaba sus amores.

Aquella misma noche la traslacion de Augusto se sabia en toda la ciudad. Mad. Moreau, á quien su marido no había dado parte de nada, corrió á casa de sus amigos á manifestarles el sentimiento que le causaba su partida, lo que hizo esclamar á la madre de Augusto:

—Esta mujer hubiera consentido en el matrimonio de su hijo.

Augusto insinuó entonces que no había renunciado á sus proyectos, y que esperaba casar muy bien á su hermana con Julio, ó con cualquiera otro. La madre ébria de orgullo le estrechó en sus brazos, exclamando que tan buen hijo y tan buen hermano debía merecer la proteccion de todo el mundo.

Después, cuando Julio creyó encontrarlos solos, llegó desolado, preguntándoles qué pensaban hacer, pregunta que llenó de asombro á la madre y al hijo. Julio añadió que debían rehusar desde luego, que aquel cambio era obra de su padre, que de este modo le separaba de Clemencia, y suplicó á Mad. Ogé no se dejase cojer en el lazo que le tendían.

Ésta quiso tranquilizarle con palabras vagas, mientras Augusto podía apenas dominar su indignacion, al ver que suponían no era á su propio mérito á lo que debía su nueva posicion. Cuando Julio se dirigió directamente á él, exclamó con petulancia: que no son los amigos los que nos suelen hacer justicia, y que á veces los estraños comprenden mejor nuestro valor, añadiendo que estaba resuelto á ir á París, donde su mérito le llamaba. Julio comprendió su indiscrecion al herir el amor propio de aquel necio, y corrió tras él á la calle, empleando cuantos medios estuvieron á su alcance para cerrar la herida que había abierto. Al día siguiente volvió abatido, sin esperanza de convencer á su obstinado amigo, y en sus facciones alteradas, en su mirada enérgica y sombría se revelaba lo intenso de su dolor. A su llegada, la criada le advirtió que su señora había salido con Augusto, dejándole pasar al advertirle el jóven que tenía necesidad de ver á su amigo, y le esperaría en su cuarto.

A estas palabras se dirigió rápidamente por el interior de la casa, deteniéndose ante la puerta del cuarto de Clemencia, cuya puerta jamás se había permitido franquear. Escuchó con ansiedad, y el silencio profundo que en el cuarto reinaba, le hizo sospechar si Clemencia había salido con su madre; cuando de repente un suspiro, imperceptible para otro oído que no hubiera sido el de un amante, le ad-



virtió la permanencia de la joven en su cuarto. Entonces, sin poderse contener abrió la puerta bruscamente presentándose ante Clemencia, que se levantó asustada, teniendo en su mano un pañuelo que bordaba, destinado á la esposa del Alcalde como un recuerdo de despedida.

—Perdonadme, exclamó Julio, si he penetrado hasta aquí, y no os ofendais si he saltado por todas las consideraciones para poder hablaros, acaso por la última vez. El que ha combinado este plan infernal, dotado de maravillosa astucia, ha comprendido que era preciso desplegar á los ojos de Augusto el esplendor de París para arrancaros de mi lado! Y es mi padre sin duda. ¡Oh, sí! pero quién ha podido descubrirle mi amor?

Clemencia no se atrevió á confesar su propia debilidad y el extremo á que habia llegado por curar á Julio, quien al ver el silencio de la joven, continuó con amargura:

—Cuán loco soy! desde hace algunos dias creía que os interesábais por mí, que no os desagradaba mi cariño, y esperaba.... ¡Nécio de mí! Mi padre ha sido el único hábil, y al separarme de voz crée asegurados sus planes de casarme con alguna rica heredera, lo que vos en verdad miraríais con la mayor indiferencia.

Al hablar así su agitacion le ahogaba, y Clemencia, conmovida ante tanto dolor, exclamó con dulzura:

—Tranquilizáos, Julio, yo os lo ruego.

—Soy muy desgraciado, continuó el joven, porque os pierdo, cuando solo á vos y á mi madre amo en el mundo. Mi padre, ambicioso, egoísta....

—No acabeis, Julio, no teneis derecho para juzgarle.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual continuó Julio:

—Teneis razon: he sido un loco al esplicarme así, y vos, como siempre, me recordais mi deber. Bien lo veis, todavía tengo necesidad de vuestros cuidados y consejos. Ah! si hoy no soy digno de vos, prometedme al partir que esperareis que un dia llegue á serlo.

—Ese seria un favor bien pequeño, añadió la joven sonriendo, que no tendria gran importancia, porque estoy resuelta á no casarme nunca; pero aunque os le concediera; ¿para qué os serviría? Si hoy vuestros padres se oponen á vuestro cariño, ¿creeis obtener mañana su aprobacion?

—Eso queda á mi cargo, dejadme solo esperar que un dia podré contar con vuestro amor.

Y las palabras, la expresion de Julio demostraban que su alma participaba de la resolucion del hombre y la ingenuidad del niño: Clemencia reflexionando que una sola palabra de sus lábios destruiria todos sus propósitos, hizo un esfuerzo heróico, y le negó la esperanza que con el alma le concedia.

—Pues bien, exclamó Julio con amarga ironía, puesto que nada puedo esperar de vos, para nada quiero lo que os debo, y en breve, de los nobles sentimientos que me habeis inspirado, no conservaré ni la memoria.

Y al notar un movimiento de terror que Clemencia no pudo disimular, añadió:

—Reflexionad que voy á entrar en la senda de la vida, en la cual vuestro amor hubiera sido el faro que me guiase al puerto de salvacion; nada mas os pedia que una palabra de compasion, una promesa de que un dia me amárais....

—Yo no puedo prometeros eso, he obrado como debia, y no puedo volverme atrás.

—Ah! comprendo, exclamó el joven, cuya inteligencia iluminó un rayo de luz; vos habeis avisado á mi padre. Ah! nunca esperé de vos semejante crueldad!

Y como la joven hiciese un movimiento, continuó Julio fuera de sí:

—Ya nada escucho; nada quiero saber. Nunca me habeis amado! ni me amareis jamás!

Y salió del cuarto y de la casa con estraviado ademan.

## VII.

### *La partida.*

Los preparativos de marcha se hicieron apresuradamente, porque Augusto queria tomar posesion de su nuevo destino antes de quince dias. Se vendieron todos los muebles, no obstante la oposicion de Clemencia, que sentia perder aquellos antiguos amigos que la habian visto nacer, tomando parte en la vida íntima de su padre; y mientras Mad. Ogé hacia los últimos preparativos y arreglaba el equipaje, Clemencia con Augusto fué la encargada de hacer las visitas de despedida.

¡Qué contraste ofrecia la expresion de ambos hermanos! Augusto podia apenas disimular su alegría, mientras Clemencia, con su cabeza inclinada sobre el pecho, podia apenas disimular su tristeza, exclamando al penetrar en cada casa.

—Vengo aquí por última vez. Terminadas sus visitas de ceremonia suplicó á Augusto la acompañarse á hacer la última y mas dolorosa, dirigiéndose ambos al cementerio: allí se detuvieron un momento, orando Clemencia y derramando abundantes lágrimas ante la humilde tumba de su padre, de donde la arrancó Augusto arrastrado por su impaciencia: la joven, al abandonar aquel sitio querido, se apoderó furtivamente de una corona de siemprevivas, que ella y su madre habian depositado allí, y que se figuraba en este instante recibir de mano de su padre.]



En los pocos días que precedieron á la partida, la alegría de Augusto á la que se asociaba su inesperta madre, hería mas y mas el alma de Clemencia, que solo acertaba á sufrir y llorar.

Como de costumbre, Julio acudia todos los días á casa de Augusto, y la sombría tranquilidad que revelaba su rostro hacia esclamar á madre é hijo:— «¡Qué fácil resignacion!» Mientras Clemencia se preguntaba con angustia cuál seria el término de aquella calma mentida.

El término fatal llegó por fin: á medio día la familia Ogé debía dejar la ciudad para entrar al siguiente en París, porque en aquella época los ferrocarriles no habian dado á conocer aun los inconvenientes de las diligencias. Desde muy temprano, Augusto ostentaba con orgullo su traje de camino, tan estudiado para entrar en París como si hubiera sido para acudir á la cita de una dama. Desde las once la casa de los viajeros se llenó de gente, unos antiguos amigos de su padre, otras amigas de Clemencia, que veian con placer alejarse una terrible rival; y por fin el Alcalde y su mujer, que se disponian á acompañar á sus queridos amigos hasta la casa de postas. Julio, tan solo, sentado con abatimiento en un fardo del equipaje y apoyada en la mano su abrasada frente, no tomaba parte en la agitacion general.

En el instante en que se presentó Clemencia con su humilde vestido de viaje, la miró furtivamente. ¡Nunca le habia parecido tan bella! Su palidez intensa le daba algo de magestuoso, y su ademan noble y resignado la asemejaban á una reina que parte á un destierro acompañada de algunos súbditos fieles. Cuantos allí estaban le dirigian frases afectuosas, algunos con lágrimas en los ojos, que no escitaban las de Clemencia, que parecia haber agotado las suyas. La jóven experimentaba ese asombro estúpido que el alma siente cuando deja una vida de cariño para precipitarse en brazos del vacío. Por fin salieron de la casa murmurando algunas personas amigas que les veian atravesar la ciudad:

—Mad. Ogé lleva sus hijos á París, donde casará muy bien á Clemencia.

Mientras otros respondian:

—Bah! en París, como en todas partes, las muchachas necesitan dote para casarse bien.

Cuando llegaron á la casa de diligencias el conductor afirmó que solo á ellos esperaba, por lo que ocuparon instantáneamente sus asientos.

—No nos hemos despedido de Julio, exclamó entonces Mad. Ogé.

Y es que el jóven habia procurado confundirse entre la multitud.

A las puertas de la ciudad, la diligencia se detuvo un momento, y en aquel instante una mano avanzó al fondo del carruaje, y una voz alterada exclamó:

—Adios Augusto, adios señora.

Madre é hijo estrecharon la mano que se les tendía, recordando á Julio su promesa de hacerles una visita en París.

—Adios señorita, murmuró por fin el jóven con entrecortado acento.

—Clemencia, Clemencia! exclamó Mad. Ogé, Julio te tiende su mano.

Julio esperó en vano esta leve muestra de afecto, y cuando la diligencia partió de nuevo, advirtieron Augusto y su madre que la jóven se habia desamayado.

Repuesta en breve, Clemencia disculpó su malestar con el dolor que le causaba el abandono de aquella ciudad, aquella casa y aquel sepulcro, tan queridos á su corazón.

## VIII.

*Laura Monti.*

Al trasladar su residencia á París, Mad. Ogé no habia reflexionado que su modesta fortuna que en una capital de provincia le permitia vivir con algun desahogo, en París no alcanzaba á cubrir las mas precisas necesidades. Al dejarse fascinar por Augusto única estrella que alumbraba su camino, habia dejado dormir su razon para alimentarse con las mismas esperanzas que su hijo.

Primero se acomodaron en un hotel elegante, donde creyeron pasar los primeros meses; pero en breve, asustados por la exorbitancia de gastos, se decidieron á buscar un alojamiento mas modesto. Como su escasa fortuna no les permitia vivir en un barrio principal, se encaminaron á los mas estraviados, alquilando en la calle de San Luis una habitacion situada en un tercer piso, que á pesar de su módico precio, absorbía la mayor parte de la pension de Mad. Ogé.

Su casita de C.... les costaba dos veces menos y les pertenecía por completo: la nueva habitacion solo se componia de una sala con su alcoba, un comedor, una cocina pequeña y dos cuartos, el uno para Augusto y el otro para Clemencia, alhajándose con tal sencillez, que en ella la limpieza reemplazó al lujo.

Mad. Ogé no quiso llevar consigo la criada por no costearla el viaje, creyendo que en París sobrarian criados; pero como no pudo encontrar ninguno que le conviniese, tuvo que contentarse con una mujer que algunas horas al día fuese á hacer lo mas importante de la casa.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.



MODAS.



Traje de soirée.

La primavera que se presentó adelantada á presencia apacible y risueña las locuras del Carnaval, ha desaparecido en los primeros días de la Cuares-

ma, y hemos podido convencernos de que fué esto una broma de buen género que nos dió el tiempo, y que pasó desapercibida.



Como uno de tantos zánganos que recorrieron las calles en aquellos días, ataviados con trajes de niñas elegantes, el invierno pidió el suyo á la primavera, que inocente como vosotras, lectoras mías, le compuso una ondulante falda con las flores del almendro, entrelazando frescas violetas en sus cabellos: pasadas aquellas horas de ruidosa algaravía el invierno ha arrojado su careta, enseñándonos otra vez su adusta faz, y revestido de su manto de armiño y corona de témpanos de hielo.

La primavera como una niña burlona se le rie en sus barbas, asomándose entre nubecillas en un cielo despejado, y las jóvenes elegantes, sus compañeras, acuden á los paseos, envueltas en airosos abrigos de terciopelo, y reflejando en las doradas bolas con que adornan el ala de sus sombreros el hermoso sol que viene á festejarlas.

Una hemos visto tardes pasadas, muy linda por cierto y conocida entre la buena sociedad, que remedaba admirablemente el color del cielo en su gracioso vestido y paletot de seda azul: sus rubios cabellos ondulaban flotantes debajo de la toquilla de tul, que terminaba su gracioso sombrero, salpicada de lunares de plata, y con una estrella de lo mismo en su centro; pálido, pero interesante reflejo del lucero de la tarde que principiaba á lucir en el firmamento.

Los figurines que reparte nuestro periódico, los mejores sin disputa que circulan en Europa, son la flor y nata del buen gusto en su mas lata espresion, tanto que algunas dicen que representa la Moda increíble. Aunque, á pesar de todo, son aplicables al buen juicio de cada señora, nosotros que no reparamos en sacrificios cuando se trata de complacer á nuestras amables lectoras, añadimos en el grabado que corresponde al número de hoy una nueva prueba de ello, ofreciéndoles un modelo de la Moda sencilla, que puede ser todo lo económica que se quiera, pues solo depende de los ingredientes mas ó menos ricos que entren en su composicion. La explicacion es la siguiente.

**TRAJE PARA COMIDA, SOIRÉE Ó TEATRO.**—*Vestido* de moiré blanco con listas de raso azul. La falda es lisa, de ancho vuelo y prolongada cola, cortados en nesga de arriba los paños y montada á tablas grandes. Cuerpo escotado, de peto redondo, y manga corta de un bullon solo, cortada al biés de la tela, lo mismo que los delanteros del cuerpo para que las rayas vengán encontradas. Una *camiseta* de encaje acompaña al escote guardando su misma forma, y otro encaje igual va al canto de la manga: *lazo* de encaje blanco con caidas cortas por detrás en el talle; *collar y diadema* de perlas, y *peinado* rizado el pelo de adelante en ondas grandes y levantado, rematando en tirabuzones al lado, y por detrás bucles prendidos unos entre otros redondeando la cabeza completan esta graciosa toaleta.

Nada mas rico y distinguido que este traje en medio de su sencillez; traje que no elegirá nunca para sí una persona de mal gusto, pero que será modelo inestimable para quien posea el secreto de vestir bien.

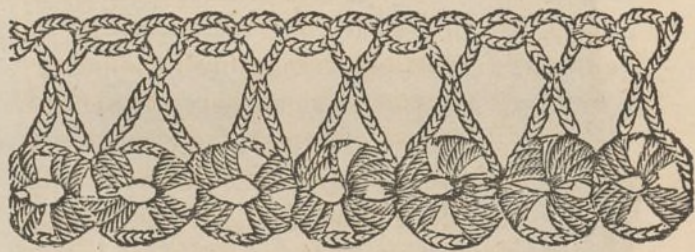
AURORA PEREZ MIRON.

## LABORES.

Esta labor es una caprichosa puntilla de *crochet*, muy á propósito para guarnecer cuellos y puños de chambra, pantalones, delantales de niñas, y demas objetos de pocas pretensiones: su principal recomendacion consiste en ejecutarse á lo ancho.

Se principia por hacer una cadeneta de ocho puntos, y tres mas para que figuren la primera barra.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*—1 bar. al lado de la que forman los



Puntilla de crochet.

tres puntos, 6 ps. s., 3 bar. en el último punto de la cadeneta anterior, 3 ps. s., 3 bar. en el mismo punto que las anteriores.

2.<sup>a</sup>—3 ps. s., 3 bar. en el espacio que media entre las seis barras, 3 ps. s., 3 bar. en el mismo espacio que las anteriores, 4 ps. s., 1 p. d. en el centro de los seis sencillos, 2 ps. s., 1 bar. al fin de la vuelta.

Se repite desde la primera vuelta, y alternando estas dos, volviendo la puntilla del revés y del derecho para cada una, se ejecutará tanta estension de puntilla como sea necesaria al objeto que se quiera guarnecer.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.